

LIBROS

Fantasmas de importación

El problema más grave que plantean los fantasmas a quienes pretenden tener comercio con ellos es el escaso efecto de sus acciones. El duende que se ocultaba en la lámpara de Aladino era capaz de transformar objetos, de producirlos, de hacer volar a un hombre; pero el fantasma moderno sólo se presenta, se deja ver (u oír), y ahí concluye todo. Cucú. Susto, etcétera. Pero, ¿basta la simple presencia de lo ultramundano para despertar el adormecido gozo de los contemporáneos? El "match" de ajedrez entre Korchnoi y Karpov ha demostrado lo contrario. A pesar de las pruebas que presentaba el disidente sobre la manipulación de que era objeto su espíritu por parte de un mago soviético, el público en general se encogía de hombros. Chifladuras, puaf. En la actualidad, la presencia de un fantasma o de un manipulador de lo intangible se observa con rotundo escepticismo. Pero, atención, porque eso es independiente de la verdadera presencia del mago o del fantasma; es caso de opinión, de ausencia de mecanismos defensivos frente a los muertos. Fantasmas no los hubo ni cuando los había; magos nunca existieron, ni siquiera cuando dominaban a los pueblos. Pero antaño,



la creencia producía un lugar en el que se instalaban; habitaban ese rincón en donde hoy se coloca el mil veces más infrahumano televisor.

Los cuentos de fantasmas de Edith Wharton (1), admirablemente inactuales, fueron escritos creyendo que lo que acabó con la creencia en fantasmas fue la luz eléctrica; ignoraba que la creencia sólo murió tras

(1) Edith Wharton, "Relatos de fantasmas". Alianza Tres, 1978.

la aparición de unos fantasmas muertos, los fantasmas electrónicos disfrazados de locutor, de ministro o de cantante asturiano. Cuando las familias (inocentes, disminuidas, brutalmente sumisas) aceptan en casa la presente impersonalidad de tales figuras, la otra presencia, la del muerto verdadero (y no el muerto anónimo y administrativo), se esfuma. Wilde, en su "Fantasma de Canterville", adivinaba el futuro con lucidez.

Exportados como antigüedad a los EE. UU., desde Escocia o Gales, los fantasmas comenzaron a decaer a finales del siglo pasado.

Los estupendos fantasmas de Edith Wharton pertenecen ya a la generación de fantasmas nacidos en América tras la exportación de títulos nobiliarios, copias de cuadros falsos, mobiliario de segunda mano y marcas de estilográfica. Nacieron en un país que no creía en ellos

ADIOS A LAS LETRAS

La Renfe y la Academia

Los periodistas se quedaron obnubilados al ver que Carmen Conde no llevaba joyas a la sesión en que ingresó en la Real Academia de la Lengua. Las académicas llevan las joyas por dentro. La mayor parte son joyas verbales, porque las académicas no entran en ese círculo septuagenario, senadores de la lengua, por otros méritos que por los verbales. Además de las joyas del verbo, Carmen Conde llevaba las joyas morales que se adquieren en la Misa de doce, a la que ella acude todos los domingos con un paraguas discreto. Sólo Azorín se atrevió a ser académico y a usar paraguas rosa. Carmen Conde, después de la homilía y el "podéis ir en paz", no puede usar otra cosa que un traje discreto, un paraguas sobrio, y esa sonrisa que parece satisfecha de que aún quede té en la tetera, pastas en la caja de galletas y vino de Jumilla en la despensa.

Debía de ser un día otoñal en la Academia. Yo no fui, porque estaba en Valladolid mientras Miguel Delibes cazaba su perdiz. No la misma de siempre, claro, sino otra, mucho más voladora que las de costumbre. Delibes siempre caza una perdiz, y luego vuelve con las piernas destrozadas hasta el jeep que le traslada a los ruidos que odia. No me imagino a Delibes cambiando el trote lento tras su perdiz por una sesión solemne y real en una Academia cualquiera.

La Academia es como la Renfe. Llega tarde con su tren de palabras a todas las nuevas convenciones. Decide que una mujer debe habitarla, cuando ya todas las mujeres habitan en otras partes, menos en los Consejos de Ministros españoles. Y cuando las admite en su seno, las recibe como a mujeres, todos los académicos españoles deshechos en sonrisas ante la respetable dama que viene a llenar de alegría la casa en la que se lijan y se fijan los verbos.

Ha sido el triunfo de la reivindicación de la mujer, dice el ABC, que no ha sido un ejemplo de feminismo a lo largo de su límpida historia editorial, como gusta decir de sí mismo el ilustre diario heptuagenario y serrano.

Y, en efecto, fue el triunfo de la reivindicación de la mujer. A los periodistas les hizo mucha impresión que la modista de Carmen Conde fuera uno de los testigos de la ceremo-



Carmen Conde.

nia de ingreso de la cliente en la Real Academia. Todos nos han citado uno por uno los nombres de las féminas que acudieron a este acto en el que la mujer lavó por fin la afrenta de una costumbre histórica desdeñable. ¡Una mujer en la Academia!, han exclamado todos, enorgullecidos de que esta raza supere los traumas con tanta habilidad.

Casi no queda nada por lograr, habrán dicho las mujeres de este país. Con una mujer en la Academia de la Lengua, sólo falta que se legalice el aborto, se estructure el divorcio, se acepte la igualdad jurídica y laboral de la mujer, se acaben las violaciones físicas o verbales, se considere que la mujer es un ser equiparable al hombre en todas las manifestaciones de la actividad humana. Se ha logrado que entre en la Academia una mujer. Lo demás, parecen decir las crónicas, será más fácil de alcanzar.

La Real Academia Española de la Lengua se vestirá de frac muchas veces más para aceptar a la mujer en su seno. Saltarán a los aires las campanas triunfales de los editoriales simpáticos de los periódicos serios. Todos iremos juntos a festejar la entrada de la mujer en entidades tan serenas y serias. Las mujeres aceptarán el voto de los hombres —ahora también habrá, al menos, el voto de una mujer. Hasta ahora, dirán las feministas, no había ninguna mujer inmortal. Ahora habrá una que asegura que las representa a todas las que no lo han sido. No sé si doña Emilia Pardo Bazán aceptará, desde su distancia galaica, esa delegación que se adjudica la académica cartagenera. ■ SILVESTRE CODAC.

(¿es posible imaginar a Buffalo Bill asustado frente a un esmirriado fantasma verde?) y por tal razón carecieron del vigor cadavérico de los auténticos fantasmas británicos (por no hablar de los fantasmas mediterráneos, tal y como aparecen en una célebre interpolación de la *Odissea*). Al igual que los fantasmas de Henry James (otra gran firma exportadora), los fantasmas de Edith Wharton tienen más de principio moral que de presencia de lo intangible. Así, por ejemplo, el fantasma de un ama de llaves sigue protegiendo el adulterio de su dueña, otro acude a visitar al provocador de su suicidio, un tercero se exhibe como muestra de la vesania de un rico potentado, etc. Son encarnaciones de la conciencia, proyecciones del conflicto moral del vidente. Fantasmas prefreudianos, nacidos al calor de la desastrosa popularidad de que gozan los locos en el siglo XX. Son sueños filmados a hurtadillas en el diván de un psicoanalista aprovechado.

Pero en la segunda parte (cuentos escritos a partir de 1925), Edith Wharton comprende una parte de su error y corrige a sus fantasmas. Son éstos, a mi modo de ver, los mejores cuentos de este excepcional volumen. En ellos los fantasmas adquieren carácter propio; ya no dependen de la conciencia malformada del protagonista, sino que poseen una autonomía que les permite vivir por cuenta propia. Por desgracia, eso les da corporeidad, fuerza física, lo cual ataca de frente a la verosimilitud. Así, un fantasma obliga a su viejo amante a tener comercio amoroso con una muerta; otro vigila la casa y estrangula a una criada discol; otro envía cartas, etc. Estos fantasmas han decidido independizarse, vivir su propia peripécia contra los deseos de los seres reales, pero a costa de no ser fantasmas sutiles, sino cadáveres vivientes. Es el salto que va de las figuras planas y abstractas de *Cimabue*, a las musculosas formas de *Masaccio*. Los fantasmas musculados de la segunda parte dan idea de la gran altura narrativa de que fue capaz esa espléndida escritora llamada Edith Wharton. ■ **FELIX DE AZUA.**

La energía, un problema de todos

El número 50 de la revista "CAU", editada por el Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Barcelona, se dedica al tema de la Energía y Edificación. Los diversos especialistas que, desde distintos ángulos, enfocan tan importante tema, "se preocupan —según afirma el editorial del número en cuestión— tanto del análisis global del ecosistema del que forma parte el edificio, y a cuyas leyes debe armónicamente acomodarse, como del contexto político, económico y tecnológico en el que se producen las decisiones energéticas, que poseen a su vez una incidencia decisiva sobre la propia sociedad".

Fiel a este propósito, el número que comentamos agrupa los siguientes trabajos: "Modelos energéticos y modelos de desarrollo", "Sistemas ecológicos y sistemas energéticos en la biosfera", "El edificio como ecosistema", "La energía y el ciclo vital del edificio", "Un proceso de análisis para la arquitectura vernácula", "El clima y las soluciones arquitectónicas en el mundo rural", "Padecer la vivienda", "Mito y realidad de la arquitectura solar", "La arquitectura solar y el proyectista", "Arquitectura del dentro y del fuera", "Cinco afirmaciones discutidas y una reflexión final".

El número incluye, como interesante apéndice, un debate sobre el "Plan Energético Nacional", debate en que intervienen el periodista e ingeniero Pedro Costa Morata, el economista Margalef, el catedrático de Tecnología Nuclear doc-

tor Alonso, el físico Francesc Solé y la ingeniero Laura Tremosa.

Diffícilmente puede, a nuestro juicio, enfocarse un problema de manera tan exhaustiva, rigurosa y honesta. "Si este contexto de textos contribuye a sensibilizar a algunos profesionales acerca de la importancia de las decisiones energéticas y de la necesidad de un público debate, nuestro objetivo se habrá alcanzado". A estas palabras finales del editorial que encabeza el número debemos nosotros añadir que el camino de esa necesaria sensibilización comienza justamente en lo que la revista "CAU" acaba de hacer: plantear el problema con rigor científico, enfocarlo con absoluto desinterés e informar con la máxima objetividad. ■ **B. DE A.**



"Rock and roll" ácido para un inmundo futuro

En una ciudad —Londres— destruida por vibraciones de espanto y desolación, los Niños —última reencarnación de los "hippies"— luchan con los horrores, con la locura que transmiten a nivel sónico ejércitos equipados de altavoces. A través de ellos difunden monstruosidades: Frank Sinatra, Elton John, Yes... Sus canciones destruyen el mundo, acaban con la cordura, hacen alucinar con monstruos horribles y zombies ya destrozados. Felizmente, el grupo Vientohalcón lucha contra la locura que todo

lo invade con su "rock" ácido, gracias al cual reinventarán un mundo nuevo y se supone que mejor.

Todo este disparate está escrito por Michael Moorcock, inventor de la nueva ciencia-ficción británica, cantor de sagas maravillosas donde la magia y la brujería reinan, autor de las letras del grupo Hawkwind y cantante de "rock" él mismo con su grupo The Deep Fix. La novela —o algo así— se llama "El Tiempo de los Señores Halcónes" (1) y no es, ni mucho menos, la mejor de su autor. Es una broma; pero una broma interesante porque muestra las relaciones entre "rock" y nueva ciencia-ficción, empleando para ello un lenguaje de "comic".

(1) Star Books. Me niego a citar el nombre del traductor.

violento y tan ácido como el "rock" mismo. Describe, extrapolándolo a un futuro improbable, un mundo ya algo ajado, algo pasado por agua: el "rock" ácido, los "hippies", las comunas, las fiestas londinenses a la luz de las hogueras, la lucha perdida del todo contra el "establishment" por medio de la música y de las formas de vida alternativas.

Desgraciadamente, el libro está publicado en "Star", una de las colecciones de libros menos cuidadas de este país de descuidos. Y debe de haber sido traducido en una semana. Para empezar, el texto de la contraportada nos presenta a Moorcock como "el primer y más representativo autor de la Fantasía Heroica", cuando no es ni lo uno ni lo otro: la Fantasía Heroica es un género muy anterior a él, y si no ahí están los ejemplos de J. R. R. Tolkien, Robert E. Howard, Fritz Leiber, Sprague de Camp, etc., cultivadores de este género desde mucho antes que a Moorcock se le ocurriera escribir. Además, no es ni con mucho el más representativo, sino el menos. La mayor parte de sus novelas de este género utilizan unas constantes narrativas e ideológicas, morales incluso, que nada tienen que ver con la Fantasía Heroica. Pero esto, por lo visto, en "Star" no lo saben.

Por otra parte, el autor de tan horrenda traducción no debe saber nada, ni de "rock" ni de Moorcock: no debe saber, por ejemplo, que Viento Halcón es el grupo Hawkwind, ni que la guitarra que emplea el personaje llamado Moorlock —el propio Moorcock, claro— no se llama "Atraetormentas II" por casualidad, sino que alude a la espada "Stormbringer" que utiliza el Príncipe Elric, uno de los héroes predilectos de Moorcock. Y sin que nos den algunas de esas claves, no nos enteramos de nada. Si a esto añadimos la pésima sintaxis en la que está redactado el libro en castellano, podemos decir que nos encontramos ante un monumento de confusión. Y luego estos chicos dicen que difunden la cultura popular... ■ **E. HARO IBARS.**

Enzensberger y el "Titanic"

En la noche del 14 al 15 de abril de 1912 se hundió, tras chocar con un gran iceberg, al Sur de Terranova, el transatlántico de la White Star Line "Ti-